

## Política del tiempo y deseo del analista

Jornada de la Escuela-España

Gijón, 24 de Febrero de 2008

El tiempo es un elemento de la cultura que ha funcionado de modo diverso a lo largo de la historia de las civilizaciones.

Distribuir la actividad humana en relación con lo que se repite en la naturaleza: días, lunas, mareas, floraciones, lluvias, etc... cobra un nuevo valor con la división de estos períodos, de duración diversa, en una medida artificial y arbitraria, que introduce una verdadera ley: la del paso del tiempo en su dimensión imperativa e irreversible. Es la introducción feroz del tiempo superyoico, el que es *horo*, el que acucia al sujeto moderno. Un tiempo que ya se perfila como perdido y que cobra uno de sus valores sintomáticos en nuestra estresada civilización del “hay prisa”.

Muchas son las consecuencias del ingreso de ese imperativo gozador en la cultura, entre las cuales la idea de progreso, que viene a ser una vuelta más de tuerca de la vorágine temporal, que encuentra un acicate inmejorable en la alianza del capitalismo con la ciencia.

Acostumbrados entonces a la idea de progreso, considerada “natural”, “consustancial” al ser humano, nos alarma que, tal como recientes investigaciones científicas anuncian, nuestros niños de hoy, por primera vez tienen menos esperanza de vida que la generación anterior. No deja de ser una subversión del tiempo en plena globalización.

La llegada del psicoanálisis, de la mano de Freud, implicó también sus efectos en la temporalidad. Aparte de términos que se acuñan, como regresión, fijación, etc., Freud propone a sus pacientes que en el tiempo que dura un psicoanálisis (el número variable de meses que supone) se abstengan de tomar cierto tipo de decisiones, aquellas que más le pueden afectar en lo vital, para que tales decisiones no respondan a un *acting out* o a algo de carácter “sintomático”. Se trata de que el sujeto acabe decidiendo “según su deseo”.

Parece que la indicación de Freud se funda en la idea de que ciertas decisiones pueden suponer un “adelantamiento” del sujeto, y en este sentido son una respuesta a la demanda del Otro bajo la forma de lo que Lacan explicitó en italiano: *Ché vuoi?* En este sentido es en función de lo que está instalado en el sujeto como convicción fantasmática que responde en su “precipitación” sintomática.

Vemos pues que adelantarse nunca fue la apuesta temporal del psicoanálisis, cuanto menos en la opción de Freud, aunque esto apareciera en algunas de las corrientes imperantes en la IPA, como la concepción kleiniana. Uno de las particularidades de esta modalidad clínica consiste en interpretar desde casi “antes” de que el sujeto cruce el umbral de la consulta. Es lo que ha venido en llamarse “análisis de la transferencia”, frente a lo que Lacan propuso el “análisis bajo transferencia”. Se trata precisamente de que hay que esperar a la transferencia (puesta en acto de la realidad –sexual- del inconsciente) para poder dar la interpretación.

La práctica que propugna Lacan, más allá de Freud, presenta también ciertas particularidades novedosas con respecto al uso del tiempo, de carácter “cronológicamente” contrario: por un lado, se acorta el tiempo de las sesiones; por otro lado, se alarga el tiempo de un psicoanálisis. Y sin embargo es una concepción que aboga por un análisis “terminable”, con su momento de concluir. Una conclusión que lleva el análisis, más allá de la “roca de castración”, al “encuentro con lo real”, y que objeta una finitud precisable a lo que venía siendo una concepción del final del análisis siempre susceptible de un más allá.

Lograr “al fin” el final de un análisis no supone necesariamente salir definitivamente del discurso analítico, lo que sí se va a dar en aquellos sujetos que “se curen” del psicoanálisis. Pero se da el caso de los incurables, de aquellos que, por haberse desarrollado en ellos esa mutación del síntoma que hemos venido en llamar “deseo del analista”, van a retomar ese mismo discurso, aunque para ocupar el lugar de su causa. Es decir, se prolonga el tiempo dedicado al psicoanálisis, ocupando, en muchos casos, todo el tiempo de la vida de un psicoanalista, aunque no sea a tiempo completo.

Psicoanalizar, transmitir, enseñar, estudiar, investigar en cárteles u otros dispositivos, participar en labores de escuela, de extensión, de interlocución con otros discursos, con otros saberes, apuntar a lo que hace síntoma en las distintas modalidades del lazo social en juego, vienen a ser tareas que ocupan a los psicoanalistas que no lograron curarse del psicoanálisis, o que lograron no curarse. Aquí podemos leer una versión del deseo como obstáculo de la cura, si entendemos ésta como liquidación de la transferencia.

Las dificultades que atañen al psicoanálisis, entre ellas la de su pervivencia en relación con los otros discursos que funcionan en nuestro mundo, son de distinta índole. Una de ellas estriba en su condición de discurso que hace excepción a los otros tres (del Amo, de la Histérica, Universitario) y sus derivados (Capitalista, de la Ciencia, Religión) por estar destinado estructuralmente a ser una modalidad de vínculo social con ciertas limitaciones temporales, entre ellas su caducidad y su reducción al tiempo de las sesiones.

Todos los elementos de singularidad de este discurso lo hacen proclive a ser excluido del mundo, de este mundo cuyo tiempo no puede permitirse el lujo de ser “perdido” en una aventura cuyos beneficios son muy discutibles y que requiere una modalidad de inversión que subvierte el modelo que gobierna el mercado de los social: inversión, pues “a pérdida pura”.

Recordemos que también fue temporal el argumento que unificaba a las distintas corrientes que se daban cabida en la IPA frente a al desafío de Lacan: el tiempo de las sesiones. Estas debían ser todas de la misma duración, aunque con concesiones respecto al número de minutos: 45, 50, 55... Y al parecer fue motivo suficiente para excomulgar a Lacan de la IPA.

Fue en base a esta exclusión como se constituirá en la Escuela de Lacan, *École Freudienne de Paris*, y así lo planteará él mismo en su primera versión de la Proposición:

*La Escuela, por su reunión inaugural, no puede omitir que se constituyó por una elección deliberada de sus miembros, la de ser excluidos de la Asociación Psicoanalítica Internacional... ...de ello resulta que los que se agruparon en mi fundación sólo dan testimonio con ello del precio que acuerdan a una enseñanza –que es la mía, que es de hecho sin rival- para sostener su experiencia. Este acuerdo es de pensamiento práctico, digámoslo, y no de enunciados conformistas: es por al aire... ...que nuestra enseñanza aporta al trabajo, que han preferido verse excluidos a verla desaparecer e incluso separarse de ella...*

*...Partimos de que la raíz de la experiencia del campo del psicoanálisis planteado en su extensión, única base posible para motivar una Escuela, hay que encontrarla en la experiencia psicoanalítica misma, queremos decir tomada en intensidad: única razón justa que puede formularse de la necesidad de un psicoanálisis introductorio para operar en este campo...*

*...Lo que importa es que ellas (las sociedades analíticas existentes) no pueden sostenerse en su éxito presente sin un apoyo seguro en lo real de la experiencia analítica.*

*Hay que interrogar pues a ese real para saber cómo conduce a su propio desconocimiento, incluso produce su negación sistemática.*

*Este feed-back desviante sólo puede, como acabamos de plantearlo, ser detectado en el psicoanálisis en intensidad. Por lo menos será así aislado de lo que en la extensión se destaca como resortes de competición social, por ejemplo, que aquí sólo pueden llevar a confusión<sup>1</sup>*

Creo que es evidente que la apuesta de Lacan, si de la pervivencia del psicoanálisis se trata, no es la de la adaptación al mundo y a las eventualidades de lo social. Y ésta es una de las diferencias que nos opone a lo que modela la política y la práctica del cognitivismo conductual, verdadera maquinaria de adaptación, y por ende de exclusión del psicoanálisis.

---

<sup>1</sup> “Une procédure pour la passe” Primera versión de la “Proposición de 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela”, aparecida en *Ornicar? Analytica* volume 8-1978. (La traducción al castellano es mía y no ha sido revisada ni autorizada)

Es cierto que en muchos ámbitos de lo que llamamos los dispositivos de “Salud Mental” se procura excluir al psicoanálisis, lo cual encuentra buena parte de sus razones en el propio psicoanálisis.

Como afirmaba Freud en “El por qué de la guerra”, no hay nada nuevo bajo el sol. Siempre me sorprendió que alguien como él, que estuvo inmerso en dos conflictos mundiales, con el agravante de ser perseguido por su condición de judío, defendiera que la pulsión de muerte estaba funcionando desde siempre en la historia de la humanidad. Achacaba precisamente a nuestro narcisismo considerar que las cosas están en su peor momento, y consideraba este argumento como un efecto de la pérdida de sentido histórico. Las violencias de nuestro tiempo, del mismo modo que las dificultades del psicoanálisis con nuestro mundo, son estructurales a la humanidad, y no temporales.

Los psicoanalistas, en su práctica y su política, sólo pueden operar *a contratiempo*. El psicoanálisis es un contratiempo para el sujeto y su mundo, y en la clínica este hecho se cobra como primera pieza el propio establecimiento de la transferencia: un obstáculo, necesario para que el analista pueda operar a partir de su acto. Pretender una práctica del psicoanálisis acorde con nuestros tiempos podría muy bien estar del lado contrario al del acto; por ejemplo, del lado de la estrategia obsesiva, empeñado como está el sujeto de la obsesión en ponerse a la hora del otro, evitando así el encuentro con su deseo.

Adaptación, adecuación, evitación, son modalidades que se nos presentan en serie con este tiempo que corre y que hay que alcanzar a toda prisa para triunfar en sincronía con lo que la vida nos promete. No hay tiempo para el psicoanálisis, a menos que, precisamente porque *la cosa* no funciona, uno se decida por darle ocasión al deseo, y por lo tanto aceptar el reto de ir a contratiempo.

Sabemos que ello no desmiente la prisa como función de primer orden en el psicoanálisis tal como Lacan nos lo transmite. Función que se pone en juego en la sesión breve, en la lógica del pase, incluso en la formalización del cártel. Pero esa prisa se inscribe en una temporalidad que no nos ahorra todo el tiempo para comprender que los tiempos del sujeto no se contabilizan con el reloj.

Otro ámbito donde se han barajado distintas temporalidades en uno u otro momento hace referencia al pase, precisamente aquello que supuso una nueva exclusión en acto: por el pase estalló la crisis en la AMP que promovió nuestra salida de la misma antes de la creación de la EPFCL.

Recuerdo épocas en que se planteaba la cercanía, con o sin distinción, entre el final de la cura y el momento de pasaje del analizante al analista. Para

mi sorpresa, hace pocos meses se promovía en París una Jornada sobre el pase con un título muy sugerente: *El Pase: lo estoy pensando, pero...* Se postulaba un adelantamiento, a mi modo de ver, de ese momento del pase, con respecto a lo que se había formulado hasta entonces. Se trataba de animar a los jóvenes a que no perdieran el tren, a que se presentaran al pase antes de que fuera demasiado tarde.

Me parece que esta torsión conceptual viene en buena parte causada por la sed de pase que sufrimos en nuestra Escuela, con pocas demandas y escasas nominaciones. ¿No se trata entonces de una nueva caída en las prisas para resolver lo que no va del todo bien en nuestras instituciones? Cabría plantearse.

Creo que uno de los cometidos que puede aportar el psicoanálisis a nuestro entorno –tanto al exterior social como al interior de nuestras instituciones- es precisamente plantear la distinción entre la prisa como función precipitadora en una producción, y en una conclusión, y la prisa como imperativo que condiciona lo contrario: la inhibición del sujeto. Si se trata de adaptarse a los tiempos del Otro, en un intento de evitar perder la ocasión, nos podemos extraviar. Por el contrario, el deseo del analista, deseo de producir la diferencia absoluta, requiere un agotamiento del tiempo, y por ese lado tal vez el paciente deba ser el analista. Paciente para atender el contratiempo.

*Manel Rebollo - Fòrum Psicoanalític Tarragona*